

A los señores del Jurado:

Este ensayo debiera terminar, según las bases del concurso, en el tercero de los tres capítulos, se que se compone, ~~el ensayo~~, es decir, en la parte crítica. Pero el autor ha creído conveniente, para mayor comprensión de la obra de Cetina, añadir una antología de las obras del poeta. Esta antología puede ampliarse posteriormente, o suprimirse, según lo estime ~~pertinente~~ el Jurado. Es, pues, dentro del ensayo, una pieza fuera de concurso, valga la expresión, y como tal, no aspira — no puede aspirar — a mejorar el trabajo

~~Recordemos~~ X Recordemos, ante
los ojos, ~~que la fama suele~~
ser espléndida ^{referente} con los grandes, con los astros de
primera magnitud. Ninguno de los poetas del cielo
garcilavista ha sido, en este punto, más afortunado
que Cetina. Ni el propio Boscán, que fue
— podríamos decir — el Bautista de la escuela ita-
lianzante. Y si recordamos, por ejemplo, a Hernando
de Acuña y a Diego Hurtado de Mendoza — soldado
y cortesano a guisa de Cetina; humanista, teólogo
y diplomático este — ¿qué se recuerda hoy de su
obra poética? Del primero, un solo verso: aquel
^{encantado} que, después de haberse prendido del "Soneto al Rey Nuestro Señor"
y dedicado a cantar la unidad imperial bajo el
cetro de Carlos I de España, dice: "Un monarca,
un imperio y una espada". Del segundo, ni sigue-
ra un solo verso. Todavía, por consiguiente,
les lleva ventaja Cetina.

No obstante, preguntémosle de nuevo: ¿cómo no siendo
Cetina un innovador ni un "príncipe" al expresarse psi-
ticamente, ¿ha sido justa con él la posteridad?

XX

También Sanabria Fajardo, en su "Repú-
blica literaria", dice, citando en cierto modo
con alteración: "Casi en aquellos tiempos floreció
Cetina, afectuoso y tierno; pero sin vigor ni
nervio".

XXX

Por eso, andando el tiempo, diremos decir al in-
vestigador e historiador británico James Fitzmaurice
Kelly; "Cetina es de una rava habilidad téc-
nica, y sobre todo maneja el soneto con una
maestría superior a la de Garcilaso". Añadiendo:
"Este versificador flexible y muy diestro, a pesar
del brio de su métrica, produce un más bien nada."

tare al gusto del momento, que llegar a ser una nueva potencia literaria". Por su parte, don Fco A. de Icaza, que ha profundizado como ningún otro crítico en la poesía de Cetina, encuentra sus versos "espontáneos y frescos; desiguales en asuntos, pero no en corrección y en estilo, como se experto artifice". Y Angel Valbuena Prat, uno de los últimos historiadores de la literatura española, contrastando precisamente a los juicios de Fernando de Herrera, se refiere: "Esto es aceptable en gran parte de la obra de Cetina, aunque no en toda. No le falta intensidad aun en el sentimiento". Y luego puntualiza: "Fue Cetina perfecto en el madrigal y en el soneto, siguiendo a lo ver la pluralidad de modelos, itálicos, la tradición de Annino Marchi y el camino castellano de Garcilaso y su primera escuela, en la que él es una de las figuras más destacadas". Aun pudiéramos aducir palabras no menos prestigiosas y concluyentes de Adolfo de Castro, Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín, Hazañas y la Rúa y otros maestros de la investigación, la edición, la crítica, que han sabido resaltar con sus valores propios la obra de Cetina. Pero basta con lo transcrito.

No ha sido, en efecto, muy liberal la posteridad con Gutierre de Cetina. Por un madrigal, por un solo madrigal ha visto el poeta en la memoria del pueblo. Pero después la popularidad le ha regalado los gloriosos escatimados sus ruidosos himnos, la gloria ha convertido para sus rines un laurel inmarcescible. Gloria y popularidad, en los casos de consagración, debieran ser términos complementarios. No siempre, sin embargo, ocurre así. Muchas veces son términos contrapuestos. Muchas veces, en la vida literaria la popularidad llega por caminos extraliterarios. La gloria — es decir, el reconocimiento desinteresado y justo de las virtudes de una obra — nunca. Las gentes recuerdan por ejemplo a don Fco de Quevedo por esas zonas de leyenda atrevida y postuma que han ido acumulándose en torno a su figura, y en cambio son muy pocos los que hubieran hablarnos de sus sonetos, uno

recuillas, como en los siglos medios. Tan arraigadas están aún las leyes de la caballería en la conciencia nacional, que, como una confirmación de las mismas, aparece por sí misma, la primera refundición de los viejos textos del Amadís de Gaula, y esas concepciones inmediatas empiezan a proliferar la fama heroico-fantástica de los Esplandianes, Palmerines y Belianises, con la que sólo lograron acabar, queriendo perpetuarse, algún tiempo después, la novela y sus ideas van teñidas, a la sazón, de las corrientes de la filosofía neoplatónica, de las que es campeón León Hebreo, y de un humanismo cristiano que cada día se afirma entre los hombres, rebeldes, buscando una fórmula de equilibrio entre lo culto y lo popular. De esta última rama, inaugurando una tendencia del realismo literario llamada a dar hijos de eminente estatura, surge, en esta hora de ocaso y de amanecer, el "Zadillo de Tormes", primer brote de la picaresca que ya se comula con los increíbles sueños de las aventuras en Indias, mientras se rasca sus lacras al rol y espera la sopa boba a la puerta de los conventos. Coincidiendo con la aparición del "Zadillo", fray Antonio de Guevara atrae la atención de la Europa culta con su "Relox de príncipes" y "Menospreci de corte y alabanza de aldeas" donde hay ya un germen de lo que después será el barroco literario; y Tormes Naharro y Gil Vicente, en su teatro alegórico, caballeresco y fatídico, abren las mayores perspectivas a la corriente benaventurista. Los cronistas de Indias empiezan a rendir cuentas de las fabulosas conquistas en sus relatos de ultramar: Pedro Martir en su "de orbe novo decades", Cortés en sus "Carta de relación", López Texer, Cieza de León, Gómara, Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo en sus respectivas obras que han perpetuado las hazañas y los desajustes de los conquistadores. Y el padre Las Casas - acorazado y polémico - alza su indignada voz redentora en favor del indio oprimido y ~~abandonado~~ esclavizado. Mientras tanto, a la España enfebrecida con el sueño de los Eldorados, llega un brillante código de las típicas formas del Renacimiento - "El Capitano" de Baltasar de Castiglione, traducido en prosa garbosa y bien aderezada por Juan Boscán. Es el momento en que Garcilaso de la Vega - príncipe de los poetas españoles a la manera toscana, como entonces se decía - está publicando

→ le hace en que se suena con la monarquía universal bajo la voluntad del hombre que el Tiziano inmortalizara sobre una piafante cabalgadura, el pecho al abrigo de una cota redimente.

— cual dice un historiador literario —

→ Toda la vida española es una vida proyectada hacia el exterior; es una vida de dimensión universal, como en la segunda mitad del siglo lo será de recogimiento, ascetismo y devoción a lo divino.

→ que heredan de Juan del Encina

- 6 -

su obra poética, en los entreactos de su vida militar y cortesana. O como él mismo dijo en un verso inmortal de sus élogos: "Tomando ora la pluma, ora la espada".

Esta fue ahí la raíz histórica que habría de nutrir la flor poética de G. de C. Una raíz que el ciego destino arrancaría de encaje en Puebla de los Angeles, en aquella Puebla recién nacida en medio de las tormentas de la Conquista.

- 3 -

La poesía renacentista en lengua española

La presencia del embajador veneciano Andrea Navagiero — poeta, delicado escritor y hombre de vasta cultura clásica — en la España del Emperador Carlos representa el momento decisivo del trastorno del espíritu y las formas poéticas italianas a la vez castellanas.

Es cierto que desde finales del siglo XIV y principios del XV se había intentado ^{por la península} con Niccolò Ferrer Imperial, adicente a la tendencia alegórica dantesca — una aventura semejante; pero solo se habían conseguido resultados muy reducidos, incluso en poetas tan ilustres y bien dotados como Trigo López de Mendoza que trató de apresar la rígida arquitectura del soneto. El paso trascendental estaba reservado al poeta catalán Joan Boscán y Almaguer, ayo del Duque de Alba, espíritu inquieto y estudioso, cultivador hasta entonces de la métrica tradicional de Castilla. En una carta que el propio Boscán dejara, se cuenta cómo fue ese que pudo llamarse su segundo bautismo poético. El embajador Navagiero, enamorado de la Alhambra — como tantos otros artistas que antes o después visitaron España —, se hallaba en la ciudad granadina, embalsado con el rumor de las aguas que laten ~~en~~ en el magnífico palacio de los naranjos, cuando pasó por allí Boscán, y oyó de labios del veneciano la buena nueva. Pero dejemos que sea el propio poeta quien hable. (Copia carta de Boscán)

— ya el diez el —
Pero Boscán ~~encontraba~~ ^{encontraba} graves dificultades en la empresa. Averado su oído — y sobre todo su responsabilidad — a las recas cadencias de la vieja ^{metro} ~~prosodia~~, no acertaba bien a fijar en su lengua

→ Con él entra, definitivamente, en este campo de las artes literarias, el aire vivificador del Renacimiento.

las del nuevo. Y acudió entonces a su amigo Garcilaso de la Vega, poeta como él, aunque tan distinto en los aires de la existencia. Pero volvamos a escuchar la palabra de Boecio a través de la carta ya citada (Copiar párrafo Carta) Y entonces sí: entonces la poesía española de la primera mitad del siglo XVI cobra como un resplandor inusitado, y no es sólo el verso el que se enriquece, depura y embellece, sino lo que el verso lleva dentro: el contenido emocional, la carga estética que supone un espíritu lleno de luminosos destellos. Garcilaso, poseedor de una elevada temperanza lírica, finísima y honda sensibilidad en la que han prendido los fulgores de una cultura disciplinada en la antigüedad clásica y fortalecida en las difíciles pruebas de la existencia diaria, logra imprimir a los versos ritmos en reposado y oculto sentimiento que las más de las veces se resuelve en suave melancolía. Debe Virgilio, padre inagotable, a Saúndararo, arcádico y tierno, con Petrarca, Biondo, Tansillo, Tasso, Ariosto, abarca y resume Garcilaso toda la italiana si quiera del verso hecho carne musical. Y no por ello deja de ser español. Antes bien, lo nacional, incluso lo provincial, es decir, lo toledano, a juicio de más de un crítico, realza y como que se vigoriza bajo la dulce presión del nuevo instrumento práctico. El poeta de la "Flor de Guido" es sin duda la figura descolante del primer siglo de oro español. Acérrquenos un instante a él para ver mejor sus rasgos personales. (Copiar cuartillas)

Pero no el eco de su obra, que aun sigue resonando abundantemente en nuestros oídos. De ese eco brota la vida poética G. de C. En él se nutrió y creció el poeta del famoso madrigal, que, como Garcilaso, fue guerrero y cortesano y en el fuego de amor dejó sus mejores latidos, antes que la muerte viciosa los enmudeciera como avecejas inocentes.

4

La poesía de Cetina

Poesía de juventud, como advierte Icaza, escrita entre los veinte y los veintiseis años, es la poesía de G. de C. Poesía, en su mayor parte, amorosa. Y esencialmente lírica. Aunque soldado, no gustó nuestro poeta de aplicar a su verso la trompa épica, por más que en algunas estrofas asome la nota vertiginosa bélica o la riza del que

→ Tan español ^{fue Garcilaso,} por lo menos, como el Cristóbal de
Castillejo, su antagonista poético, monje certifica-
do voluntariamente sustentado de España que desde
su sitial de secretario del rey de Romanos reaccio-
na con violencia contra la métrica toscana in-
truducida en su patria, sin advertir que el vene-
rable verso castellano necesita de aires puros para
rejuvenecer y salir otra vez a cubrir el mundo.

se siente más inclinado a satirizar que a eulohar. ^{esto} de nuevos tonos y agradable decir. Rafael Lopera advierte que Cetina recayó en sus ^{verros} "la pompa externa de la vida cortesana y la sensualidad colorista de los pintores venecianos". Pero además, sin grandes gestos, casi silenciosamente, flagela también los vicios y falsedades de esa misma vida de la corte desenfrenada, rebelde actitud que después tendrá largo aliento en la poesía castellana del XVII:

¿Qué os parece, señor, de estos señores?
 De su ambición y envidia; ¿qué os parece?
 ¿Qué de la multitud de servidores?

El ^{propio} Cetina dejó ^{también} entre sus verros los más íntimos giros de su vida, sobre todo de su vida en Italia, cuando, tras de vivir a la corte en Valledoliz y Alemania, pasa a la tierra del Petrarca y conoce a la condesa Laura Gonzaga, sobrina del cardenal de Mantua, hermosa joven que lo enciende en amorosa pasión. Desde entonces, el poeta ocultará su nombre tras el de Vandalio, pseudónimo que no puede negar su resonancia andaluza — ascendientes de los andaluces fueron los vándalos — a pesar de su estrope pastoral. Y con él canta su amor a Dorida y Amarillida — una de las cuales bien pudo ser la bella condesa — y vierte lágrimas de dolor ante el constante desvío del su amado.

Dorida, si mirando esta figura,
 siento el alma encender, siento abrasarme,
 pienso que será ver tu hermosura.

Si en su juventud tuvo Cetina por modelos a ~~Petrarca~~ Juvenal, Marcial y Ovidio, más tarde imitó y ^{de los cuales hay ejemplos en su obra} tra-
 ajo a Petrarca y Ariosto, incluso al valenciano Juan Marañón, rizador de la barba florida. Pero lo mismo en trance de imitación que de original creación Cetina es siempre un poeta de ágil pensamiento y tierna sensibilidad. No se comprende — y aquí volviendo al comienzo de este capítulo — cómo Hebra y otros comentaristas pudieron confundir la ternura de Cetina con la falta de vigor. Ello no era en el poeta sevillano sino la expresión de su

gran rigura lírica, que, para serlo auténticamente, no necesita de la altisonancia ni del constante brio, que suele acomodarse mejor a los ~~po~~ pasajes heroicos. Acaso Herrera, al enjuiciar de ese modo, traducía sin quererlo sus ocultos sentimientos de adhesión a la vieja escuela castellana, de la que, por otra parte, él supo alejarse también.

Es verdad que Cetina imitaba a veces el artificio rena-
centista, exactamente lo mismo que Garcilaso, del cual era un ^{fiel} discípulo: ~~construía~~

Ojos, ¿ojos sois vos? No sois vos ojos;
ante ira del cielo extraña y fiera,
mas, ojos, si lo sois, ¿de qué manera
roban vuestra beldad vuestros enojos?

Pero estas ocasiones eran contadas. E incontables en cambio aquellas otras en que el poeta muestra la gracia natural, la espontaneidad y, a la vez, el dominio del idioma de quien es un verdadero señor de la poesía:

Está en mi alma mi opinión escrita
con tal fuerza de amor, tan bien guardada,
que si de vuestra saña no es berrada,
la la par con la vida en ella habita.

El tema amoroso, que la sostiene como el agua a ^{la} ~~esta~~ rosa sobre su superficie, abarca toda la poesía de Cetina. Allí ha podido ser llamado nuestro poeta "el poeta del amor". Y en verdad que lo es. Amorosos son sus sonetos, que ascienden a doscientos cuarenta y cuatro, según las "Obras" publicadas por Hazañas y la Rúa, y en ellos es fácil hallar verdaderos y hermosos modelos en el género. Amorosos son sus cinco madrigales, sin par en lengua española, en la que él creó este tipo de composición poética. Amorosas, en fin, sus once canciones, llenas de elegancia y de fluidez, en las que se advierte la influencia petrarquista. Sólo, en las epístolas, que suman diecisiete, se alejó Cetina un tanto de los asuntos amorosos, para darnos algunas notas pintorescas, costumbristas, o bélicas que completan su perfil de hombre del Renacimiento.

Pero, sobre todo, Cetina nos legó el más hermoso madrigal de nuestra poesía. ¿Quién inspiró este pe-

→ O como en aquel otro soneto tan bien
acordado que comienza así:

Dulce, sabrosa, cristalina fuente,
refugio al caluroso ambiente estío,
a donde la beldad del ídolo mío
hizo tu claridad más transparente.

¿quinta joya deslumbrante? Algunos críticos se inclinan a creer que los ojos cantados en el madrigal de Cetina fueron los ojos de Laura Bouraga. En verdad, el esclarecimiento de este punto no añadiría quilates a la famosa composición. Lo que en cambio le otorga virginitad y belleza, calidad de purísimo cristal tallado en viva pasión, es precisamente el misterio de su origen que parece dirigirse a todas las pupilas femeninas reguercidas inútilmente por un amor desventurado. ¡Dime, en ocasión semejante, no ha sentido el impulso de decir:

Ojos claros, venenos,
ya que así me miráis, miradme al menos?

